Pedro Laín Entralgo

Biografía

Conocí a Pedro Laín Entralgo en el otoño de 1948. Recuerdo que le vi por vez primera en el oscuro y amplio zaguán de la vieja Facultad de Medicina de San Carlos. Su prestancia física, su juventud —contaba entonces cuarenta años—, vinieron a acrecentar en mí el prestigio de esa aureola política e intelectual que desde mis años provincianos de la postguerra, y luego en Madrid, a lo largo de mis estudios de Medicina había ido forjándome de su persona y de su actividad pública. Ahora, contemplado este simple hecho en la distancia, me parece evidente que aquel encuentro se producía en unos momentos en los que las ideas y las creencias de Laín habían entrado en crisis y pronto, entre triunfos académicos y amarguras personales, habían de hacer de él el Pedro Laín que hoy todos conocemos.

Otoño de 1948. Culminación de las etapas biográficas de formación y peregrinaje —acudamos a los términos goethianos— y comienzo de los años de magisterio. En aquel presente, ¿qué era Pedro Laín? Un profesor universitario de Historia de la Medicina —había ganado la cátedra de tal disciplina seis años antes—, Doctor en Medicina y Cirugía —obtenido su doctorado en 1941—, Licenciado en Ciencias Químicas, que intelectualmente comenzaba a granar su formación histórico-médica y antropológica, científicamente había ingresado en la Real Academia Nacional de Medicina —su discurso de ingreso, en 1946, había versado sobre *La antropología en la obra de Fray Luis de Granada* y apareció, ampliado, como libro de igual título meses después—, políticamente seguía perteneciendo al Consejo Nacional del Movimiento, y cuyo «dolor» de España se manifestaba en la serie de ensayos y libros, especialmente dedicados a Menéndez Pelayo y a los noventayochistas, concluida su etapa juvenil de fervorosa adhesión a la doctrina joseantoniana. Todo eso era Pedro Laín entonces; pero era mucho más, ahora lo sé. Como persona, al círculo íntimo de sus amigos, acrisolada tal amistad en los años de la Guerra Civil en Pamplona y Burgos y centrada por la figura noble de Dionisio Ridruejo —Segovia, 1938— se había unido la persona de Xavier Zubiri, al que conoció en Madrid en los meses primeros de la postguerra. Y proyectadas su persona, su figura y su obra allende el Atlántico, también aquel año 1948 había visitado América del Sur —Argentina, Chile, Perú— invitado por el Instituto de Cultura Hispánica.

Tal era, en relación casi notarial, el Pedro Laín Entralgo que yo conocí en el otoño de 1948, cuando en la inhóspita y fría aula 3 de San Carlos pude escuchar sus lecciones sobre la historia clínica hipocrática. Pero aquel *ser* implicaba evidentemente un previo *haber sido*. Su conocimiento comporta la necesidad de adentrarnos en los que antes denominé sus años de formación y peregrinaje.

Nació Pedro Laín Entralgo en Urrea de Gaén, provincia de Teruel, el año 1908. Se adentraba España en el período último de la Restauración —los nombres de Antonio Maura y José Canalejas abrían paso a los de Vázquez de Mella, conde de Romanones, Juan de la Cierva, Alejandro Lerroux y Francisco Cambó—, Ortega y Gasset iniciaba su vida intelectual con aquel su primer artículo, «Glosas» en *Vida Nueva*, Ramón y Cajal gozaba y padecía la popularidad de su premio Nobel de 1905 y el país entero vivía la esperanza de contar con instrumentos de gobierno capaces de dar existencia y solidez a un nuevo orden de cosas, tras la descomposición del sistema canovista de la monarquía parlamentaria.

Una infancia similar a la de miles de niños españoles de una clase media —su padre era médico rural— que debe vivir el mísero ambiente de la España campesina y olvidada. De esa España que pronto, tras el doble fracaso de un doble intento, el de nacionalizar la izquierda —asesinato de Canalejas en 1912— y el de democratizar la derecha —eliminación de Maura del juego político tras la crisis de 1913—, pierde aquella esperanza del primer decenio del siglo, e inicia la descomposición de los partidos dinásticos, acelerada por el impacto de la Guerra Mundial y complicada con una profunda conmoción en las estructuras económicas y sociales. Ha escrito Seco Serrano que «en 1917, la doble crisis —la política y la social, la debilitación de la "España oficial" y el empuje creciente, incluso violento, de la España real— se manifiesta en tres hechos». Son éstos el nacimiento de las Juntas de Defensa, la Asamblea de Parlamentarios y el auge de la subversión obrera y republicana. Todo ello anuncia la quiebra del sistema político de la Restauración y, en definitiva, la muerte virtual de la monarquía de Sagunto.

Desde 1913 hasta 1923 transcurre la formación secundaria de Laín que, por avatares y necesidades familiares, ha de peregrinar por los Institutos Nacionales de Soria, Teruel, Zaragoza y Pamplona. Seis años que siguen marcando inexorablemente los tristes destinos de la patria: la tensión entre la Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Patronal, el conflicto colonial en el Protectorado de Marruecos, el asesinato de Eduardo Dato en la madrileña plaza de la Independencia, el desastre de Annual. Y al producirse la inicial esperanza general de la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera, en 1923, Pedro Laín comienza en la Universidad de Zaragoza los estudios de Ciencias Químicas y un año después se traslada a Valencia, donde proseguirá su carrera universitaria como colegial en el famoso Beato Juan de Ribera, en Burjasot. Durante los seis años que permanece allí, concluye la licenciatura en Ciencias Químicas —1927— y cursa, adelantando estudios, la de Medicina, que acabará el año 1930.

Llegó a Valencia con la auroral esperanza de la Dictadura. Abandona la capital levantina, para trasladarse a Madrid, con la real amargura del nuevo fracaso, que aboca en el licenciamiento del dictador, incapaz de resolver con hondura y firmeza los graves problemas políticos y sociales del país. Un ambiente de hostilidad general logra aliar, en composición que parecía imposible, al pensador, al hombre de toga y al revolucionario. El gobierno Berenguer agrava la situación del Trono. Pedro Laín cursa, entre el grito fracasado de Jaca —diciembre de 1930— y las elecciones municipales —abril de 1931—, las asignaturas de Doctorado de ambas carreras, Ciencias Químicas y Medicina. Será testigo presencial de los acontecimientos populares del 14 de abril en la Puerta del Sol y en la plaza de Oriente. Una nueva esperanza, como la de la niñez, como la

de la adolescencia, parece nacer en el alma de muchos españoles, entre los que se encuentra este joven médico y químico que ha conocido, entretanto, a la que pocos años después será su mujer, Milagro Martínez, compañera del Doctorado en Ciencias Químicas e hija de un médico muy querido, don Jesús, en la ciudad del Betis.

Más vocado a la Medicina que a la Química, llega el momento de escoger la especialización más adecuada. La inclinación teorética de su pensamiento le hace ver la psiquiatría como tierra de promisión. Y pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios marcha a Viena en 1932, a la clínica del profesor Pötzl, más preocupado por la fundamentación teórica de la disciplina que por la preparación para su ejercicio práctico. Tras varios meses de estancia en la capital austríaca que, como a tantos otros pensionados, le ha abierto las puertas para el conocimiento de la ciencia y la cultura germana de la época y el dominio de su lengua, otra vez retorna a España, con un panorama profesional difícil. No existe, de momento, posibilidad universitaria que canalice su inquietud teorética y docente. En principio debe pensar en la subsistencia vital. De este modo, acepta un puesto de médico en la Mancomunidad Hidrográfica del Guadalquivir, en las tierras que malriega el río Viar en la provincia de Sevilla. Junto al primer contacto real con la enfermedad y el enfermo, otro contacto, quizá más decisivo, con el hombre real, un hombre que pertenece noble, generosa y estoicamente al grupo de los marginados sociales, y que trabajando duramente la áspera tierra andaluza, intenta sobrevivir en régimen libertario. La España real de 1933, con sus miserias, se le abre súbitamente. Pero Laín no abandona totalmente su vocación psiquiátrica y frecuenta, entre tanto, como asistente voluntario, el Manicomio de Miraflores de la ciudad hispalense.

La esperanza suscitada por la República ha dado paso, de nuevo, al desencanto: alteraciones sociales de todo tipo, quiebra económica, odio —un odio entre hermanos que asolará poco después la convivencia española—, obscurecen la brillantez de una España intelectual y científica que inaugura un medio siglo de esplendor de nuestra cultura. ¿Serán posibles, aún, la paz, el bienestar, el acuerdo respetuoso entre discrepantes? A ello quiere coadyuvar Laín desde Valencia, a donde nuevamente se ha trasladado en 1934, tras ganar por oposición una plaza de médico de guardia en el Instituto Psiquiátrico Provincial Valenciano. Contrae matrimonio con Milagro, en 1935 nace su hija Milagro, estudia y ejerce la psiquiatría e inicia su aventura intelectual en las páginas de *Norma,* una ambiciosa y malograda «Revista de exaltación universitaria», por él fundada, junto a Francisco Marco Merenciano, en la Valencia inmediatamente anterior a la Guerra Civil.

Son días de inquietud general, de presagio de lo inevitable. No obstante, Laín prepara ilusionadamente una participación en los Cursos de Verano de Santander, por invitación de su amigo Juan José Barcia. Ello va a tener lugar en el mes de julio de 1936. Y hacia Cantabria se dirige el intelectual que, entre esperanzas y desilusiones, quiere aportar su grano de arena a la cultura española. En Santander le sorprende el comienzo de la Guerra Civil. Allá en Valencia ha quedado el hogar, el hospital, la mujer, la hija. El cainismo se ha hecho realidad una vez más; pero ahora la amplitud de su escenario obliga a la toma de decisiones fundamentales. ¿Qué hacer en esta circunstancia?

El recuerdo de la España en que nació, la vivencia de la España en la que transcurrie-

ron su adolescencia y juventud, le hacen adoptar una consciente decisión: incorporarse a la España que por entonces va a comenzar a denominarse «Nacional» y que se enfrenta a la España «Roja» o republicana. De una parte, lo que del «glorioso Movimiento» puede surgir, motiva una nueva esperanza en Laín. De otra, la realidad de una serie ininterrumpida de fracasos, mejor dicho, de imposibles opciones de la izquierda en la vida nacional, le impele a la adscripción en la derecha.

Pero la decisión comporta el origen del drama que desde este instante, y también de modo consciente, va a vivir Pedro Laín: el intento de incorporar a la España nacional, a la derecha beligerante, el acervo cultural de la izquierda que, a partir de ahora, milita casi unánimemente en la España republicana, y que luego iniciará la diáspora, poblando generosamente con su sangre y con su pensamiento las tierras de Europa y, sobre todo, de Hispanoamérica. En pocas palabras: la quijotesca empresa de la convivencia pacífica de todos los españoles.

Tras la aventura del paso a Bayona, y de aquí a Pamplona, Laín se enrola en Falange Española de las JONS, conoce bien la doctrina de José Antonio Primo de Rivera y, desde las páginas del diario *Arriba España* que se publica en Pamplona, más esporádicamente desde las de *Jerarquía* y *FE* —el interesado deberá adivinar su nombre tras el pseudónimo de Marcial Vicuña—, comienza su etapa política, prosigue su tarea intelectual y conoce por vez primera el hondo dolor de lo que toda guerra civil comporta: en Sevilla es asesinado su suegro; cuando al concluir el año 1936 logre que la mujer y la hija se trasladen desde Valencia a Pamplona, la alegría del encuentro se verá turbada por esta trágica noticia, que marcará para siempre la vida de Milagro y hará imposible su participación afectiva en la España que, de modo necesario, será asiento donde se desarrolle la actuación oficial de su marido.

El año 1938 marca el traslado de la familia a Burgos, con el decisivo encuentro, en un acto político celebrado en Segovia, con Dionisio Ridruejo, su colaboración con él como Jefe de la Sección de Ediciones del Servicio Nacional de Propaganda y su elección como Miembro del Consejo Nacional del Movimiento. Otros dos hechos van a tener lugar este año, que la jerga oficial califica de «segundo año triunfal» y constituye un momento crucial para la evolución de la guerra: el nacimiento de un grupo de amigos y compañeros que de por vida se mantendrá unido —Antonio Tovar, Luis Rosales, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Felipe Vivanco, Rodrigo Uría, José R. Escassi, Pepe Caballero, tantos otros— y el cambio de vocación intelectual. La imposibilidad que la vida real le ofrece de aceptar un puesto como médico psiquiatra, se le traduce en una nueva necesidad. La situación histórica que vive pone en trance dramático la conciencia de su instalación en la historia universal y española: ¿no será la historia el camino idóneo para tratar antropológicamente la medicina y para expresar en un campo concreto, con posibilidades universitarias, académicas, su versión hacia la historia y su necesidad de insertar conscientemente su vida en la historia? El psiquiatra se convierte así en historiador en ciernes. Dentro de las paupérrimas posibilidades que la guerra civil y el Burgos de esa guerra le ofrecen, decide tomar clases de griego y de latín, que diariamente recibe del canónigo don Damián Peña. Mantiene correspondencia con Paul Diepgen, profesor de Historia de la Medicina en Berlín. Definitivamente piensa que la disciplina escogida constituye un terreno intelectual prácticamente virgen, por su posición inter-

media entre la medicina teórica, la filosofía y la historia del saber médico. Pero la fundamentación del proyecto debe quedar para tiempos ulteriores; de momento es preciso mantener la azorante cotidianeidad de la guerra civil, escribir, hablar, convivir con los amigos, sostener el hogar, en el que ha nacido Pedro, el segundo hijo. Este mismo año 1938 visita por vez primera la Alemania hitleriana, formando parte de la misión asistente al Congreso Anual del Partido Nacionalsocialista, viaje oficial que repetirá recién acabada nuestra guerra, cuando acuda, en el Berlín prebélico, al Congreso organizado por la *Kraft durch Freude.*

El día 1 de abril de 1939 se firma el parte oficial que da por conclusa la guerra civil española. ¡Qué distinto podría haber sido nuestro destino, el propio destino de Pedro Laín Entralgo, si aquel final hubiese sido no sólo el del conflicto bélico sino también el de la imposible vida pacífica entre todos los españoles! No fue así y ello habrá de marcar la vida de Laín en los años tristes de la postguerra.

Trasladada la familia a Madrid, en 1940 va a iniciar un doble programa nacido durante la guerra: el que en Pamplona le había incitado a la convivencia entre todos los españoles, y que va a tener como órgano de expresión intelectual la revista *Escorial,* fundada con Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y Antonio Marichalar ese mismo año; y el que en Burgos le habá decidido a seguir el camino universitario a través de la historia de la medicina.

En el primer terreno, en el de la convivencia, preciso es reconocer que todavía en esta época es intentado por Laín desde los presupuestos de su ideología falangista, siquiera matizada ya por la áspera realidad de las intrigas vividas durante la guerra. En 1941 publica la Editora Nacional un librito suyo, *Los valores morales del Nacionalsindicalismo,* libro que habrá de constituir luego piedra de escándalo para los fariseos encaramados en el carro de la victoria, o para los bien intencionados que no entienden la existencia sino bajo el marchamo del «hombre de una sola pieza». Junto a él, múltiples colaboraciones periodísticas en las páginas de *Arriba, ABC, Pueblo, El Español* o *Alcalá,* dan testimonio de su pensamiento político, que en *Escorial* tiende un puente a los intelectuales disidentes, tratando de incorporarlos al patrimonio común de la cultura.

En el otro campo, el universitario, se inicia también precozmente su decidida consagración. Tras un fugaz desempeño de la dirección de la Residencia de Estudiantes —¡qué lejos ya, aunque todavía próximos en el tiempo, los años dorados de la juanramoniana «colina de los chopos»!—, es encargado de la docencia de la asignatura interdisciplinar de Psicología Experimental y se le nombra auxiliar interino de la Cátedra de Historia de la Medicina, creada en la Facultad de Medicina el año 1843, en el famoso «Mataplán» de Pedro Mata, y no «graciosamente inventada» para Laín, como llegó a decirse en un libelo publicado en 1965 que, aunque sin paternidad reconocida, bien es de conocimiento público el nombre de sus autores o instigadores, antaño fieles defensores del franquismo, hogaño liberales «de toda la vida».

Como paso previo para el acceso a la Cátedra, en 1941 defiende Laín su Tesis Doctoral, «El problema de las relaciones entre la medicina y la historia», aparecido el mismo año como libro bajo el título de *Medicina e Historia.* En 1942 gana por oposición la referida Cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad que todavía entonces se denomina Central y comienza seriamente a cultivar su disciplina, de tal modo que pronto

la incopora a los hábitos intelectuales y científicos de la historiografía universal, convirtiéndose de inmediato en una de las figuras señeras de la investigación y de la reflexión histórico-médica.

Son los años de la postguerra, del racionamiento de alimentos y tabaco, de la sistemática y silenciosa represión, cuyo conocimiento sólo aflora en círculos reducidos de oposición y resistencia, en los que el nombre de Milagro Laín —con él y no con su apellido paterno se la conoce— pone una nota de intrepidez y valentía, abnegadamente silenciada para no empañar la actuación pública del marido socialmente triunfante — Real Academia Nacional de Medicina, creación en el CSIC, bajo su dirección, de un Departamento de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, desprovisto de todo despacho o servicios especiales, suplidos por el propio domicilio de Laín, en la calle de Lista, número 11, donde tantos años vivió, y testigo de tantos acontecimientos políticos y privados—.

Tal es, sucintamente narrada, la historia del hombre que yo conocí en 1948, cuyo pormenor, naturalmente, ignoraba entonces, atenido tan sólo a lo que la fama decía de su presente inmediato.

A partir de ese *hic et nunc* de 1948, habremos de adentrarnos en el conocimiento de que después *serían* su vida y su persona, con la ventaja ahora de poder narrar como testigo, no únicamente como historiador, la peripecia de estos casi cuatro últimos decenios. Un testigo, por supuesto, que intenta alejarse tanto del panegírico como de la parcialidad, tratando de situar en el difícil terreno de la neutralidad el relato de los hechos en este período acaecidos. Para lo cual pienso que será conveniente distinguir por separado los tres mundos en la vida de Laín se ha desarrollado —el universitario, el intelectual y el social— y su doble faceta de español y hombre de fe. Vengamos a la tarea.

1. **Laín Entralgo, universitario.** Desde el año 1948 al año 1978, durante tres decenios, ha desempeñado Laín ininterrumpidamente su cátedra de Historia de la Medicina. Los cursos desde ella desarrollados, primeramente en el período de Doctorado, luego, con el plan de estudios de 1953 incorporada la asignatura al *curriculum* de la Licenciatura, tuvieron como escenario el viejo local de San Carlos, en la calle de Atocha, hasta que la Facultad se trasladó paulatinamente a la Ciudad Universitaria, y desde entonces en un Aula del Hospital Clínico, sin disponer de un departamento o servicio propio, atendiendo a los alumnos o visitantes en un pasillo del Centro o, en el mejor de los casos, en la destartalada habitación que en la calle del Duque de Medinaceli, número 4, le ofreció el CSIC como sede del Departamento, más tarde, desde 1951, Instituto de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, bajo la advocación de Arnaldo de Villanova —será veinte años después, cuando el Instituto, fiel a la historia y a las lenguas de España, cambie su denominación por la de Instituto «Arnau de Vilanova» de Historia de la Medicina y Antropología Médica—. Tendrá que llegar el año 1974 —dieciocho después de haber cesado como Rector de la Universidad y Presidente de su Junta de Obras— para conseguir el amplio local que en el Pabellón 5.º de la Facultad de Medicina, en la Ciudad Universitaria, alberga desde entonces al Departamento e Instituto, hasta que azares administrativos hayan luego propiciado su separación física.

A lo largo de estos treinta años los cursos de Licenciatura y de Doctorado han sido exponentes de dos significativos hechos: el rigor intelectual, la inigualable capacidad didáctica del profesor Laín Entralgo, y el desinterés —salvo honrosas excepciones— de unos alumnos que no han sabido reconocer casi nunca la privilegiada posibilidad de disfrutar su magisterio, y han considerado la disciplina como una «María» más, inútil para el mejor y más lucrativo provecho del ejercicio profesional. A lo cual, Laín Entralgo siempre ha dado una ejemplar y optimista respuesta: «El talante universitario se demuestra dando clase ante unos bancos vacíos». Si no vacíos, testigo soy de algunas clases de Doctorado en las que cuatro o cinco alumnos cumplían con el deber de conciencia de aprovechar el trámite administrativo de su matrícula en la disciplina.

Pero no todo ha sido así. De una parte, fruto de su enseñanza han sido una serie de libros espléndidos —*Estudios de Historia de la Medicina y Antropología Médica; Clásicos de la Medicina: Bichat, Claudio Bernard, Harvey, Laennec, Sydenham; La medicina hipocrática; Introducción al estudio de la patología psicosomática; La Historia Clínica. Historia y teoría del relato patográfico; Historia de la Medicina moderna y contemporánea; La curación por la palabra en la Antigüedad clásica; Grandes médicos; La medicina hipocrática; El médico y el enfermo; La medicina actual; Historia de la medicina; El diagnóstico médico. Historia y Teoría; Antropología médica para clínicos*— que jalonan su dedicación al cultivo de la historia de la medicina y aportan a la historiografía universal visiones inéditas de algunos problemas médicos y facetas nuevas de muchos protagonistas de esa historia. Por otro lado, la labor y el ejemplo, de consuno con el sin par magisterio, han florecido en la preocupación por la disciplina de un grupo de discípulos que en la actualidad la cultivan, enseñan e investigan a través de Cátedras, Departamentos e Institutos en la práctica totalidad de las Universidades españolas y en el CSIC. Son ellos, suele decir Laín, los que le permiten recibir cada día un poco de ayuda para el empeño de vivir con un mínimo de satisfacción.

Mas no quedaría completa la vida universitaria de Pedro Laín sin aludir a un episodio trascendente de la misma: su paso como Rector por Universidad de Madrid en 1951, inmediatamente después de ocupar Joaquín Ruiz Giménez el Ministerio de Educación Nacional.

Muy sinceramente se opuso Laín a aceptar el cargo. Finalmente venció en él el sentido de la amistad y dio su conformidad. Con ella, una nueva esperanza se abría: la posibilidad de ampliar y mantener el viejo proyecto de la convivencia y de la liberalización, en cuanto posible, de la cultura, incorporando ahora a la vida universitaria a los maestros que por avatares de la guerra o por cicatería de la postguerra habían sido postergados, eliminados u olvidados por el *alma mater:* así los profesores Casas y Duperier, así Ortega y Zubiri. Algo más, mucho más inició Laín durante sus cinco años de rectorado: muy sumariamente expuesto, desde la reconstrucción y renovación de la Junta de Gobierno, pasando por el robustecimiento de la vida universitaria —resurgimiento de la *Revista de la Universidad de Madrid,* actos en honor de los catedráticos jubilados (Menéndez Pidal, Casares Gil, Gómez Moreno, Gascón y Marín, Hernández Pacheco)— y la creación de diversas escuelas intra- o interfacultativas y seminarios varios —«Menéndez Pidal», «Ureña», «Adolfo González Posada»— hasta su decisiva contribución a la Ley de Especialidades Médicas y su intento de aproximar la Universidad a la sociedad españo-

la, del que merece recordarse la «Asociación de Amigos de la Universidad de Madrid», la «Cátedra de Madrid», en colaboración con el Ayuntamiento de la capital, o la resurrección de la «Cátedra Huntington». Fruto intelectual y reflexivo del período serían sus *Reflexiones sobre la vida espiritual de España, Sobre la Universidad Hispánica, Un año de gestión rectoral, Reflexiones sobre la situación espiritual de la juventud universitaria, La Universidad en la vida española.*

¿Qué alejó a Laín de su empresa? La impotencia frente al creciente conjura de casi todo el «franquismo», opuesto al modesto intento de liberalizar la Universidad, la imposibilidad de lograr recursos económicos suficientes para su desarrollo, el fracaso de sus intentos de mejora de las relaciones CSIC-Universidad y, colmando todo ello, los sucesos estudiantiles, iniciados tempranamente el año 1954, con ocasión de la visita a Gibraltar de la reina Isabel II, y que culminarían en febrero de 1956 con los enfrentamientos que darían lugar a la gravísima situación provocada por la agresión que puso en peligro la vida del joven Miguel Alvarez. En aquel momento adoptó Laín dos resoluciones: renunciar al Rectorado de la Universidad de Madrid, separándose definitivamente de la vida oficial pública española, y separarse terminantemente de Falange Española Tradicionalista de las JONS, en la que, al menos con carácter oficial, todavía militaba desde su Consejo Nacional.

2. **Laín Entralgo, intelectual.** Evidentemente, no cabe separar esta faceta de la anterior, si no es con fines expositivos. Así, cabe resaltar ahora la consagración de Laín —al margen ya de la pura investigación histórico médica— al campo de la antropología general y de la médica más concretamente, y al ensayo. La antropología médica hace ver al médico que, a su través, puede poseerse y poseer lo que hace, con mayor seriedad. Pero esta antropología médica se fundamenta en la reflexión filosófica y científica acerca de lo que el hombre sea, esto es, en la antropología general. De ahí que, al hilo de este planteamiento, sea imposible separar en la obra intelectual de Pedro Laín uno y otro aspecto. Su meta, desde los años de Burgos en que surgió el proyecto, ha sido elaborar una teoría de la realidad humana que hiciese filosófica y científicamente inteligible su condición de ente enfermable y sanable. Así surgieron sus libros *La espera y la esperanza, La empresa de ser hombre, Teoría y realidad del otro.* Y sobre esta base, su específica aportación a la antropología médica: *La relación médico-enfermo, El estado de enfermedad,* los mismos *Diagnóstico médico* y *Antropología médica* ya citados.

No acaba aquí la producción intelectual de Pedro Laín. Dispersos en revistas y colaboraciones varias, cientos y cientos de artículos y de ensayos que día a día han ido plasmando su condición reflexiva y su preocupación por problemas dispares. Parte de esta obra queda recogida en libros como *Menéndez Pelayo, Las generaciones en la historia, La generación del Noventa y ocho, Vestigios, Palabras menores, Ejercicios de comprensión, La aventura de leer, Ocio y trabajo, Miguel Angel y el cuerpo humano, Entre el amor y la risa, Teatro y vida.*

Algo cabe destacar en relación con estos últimos libros: la doble dedicación de Laín al teatro; de una parte, con sus reflexiones semanales en *Gaceta Ilustrada,* «Teatro y vida», parte de las cuales vieron luego la luz con el penúltimo título citado; de otra, su cultivo de la creación teatral. Un teatro el suyo, no de tesis sino de iluminación ética

y existencial, al modo de Sartre y de Unamuno, y del que se han representado dos piezas sobre el problema de la esperanza —*Cuando se espera*— y de la convivencia humana —*Entre nosotros*—. Varias más, todavía inéditas, completan esta faceta intelectual de Laín, sin que entre ellas falte el tema de España, iluminado por la figura de Juan Martín *El Empecinado*.

3. **Laín Entralgo, hombre social.** Como todo hombre, Pedro Laín Entralgo es un *zoon politikon*. En la sociedad, y a través de la sociedad, ha llevado a cabo el resto de sus actividades. Ha sido así, ocupando en esa sociedad puestos preeminentes en las Instituciones que representan el máximo exponente de la vida cultural y científica de España: la Real Academia Nacional de Medicina en 1946, la Real Academia Española de la Lengua en 1954, la Real Academia de la Historia en 1964. En ellas, y muy especialmente en las dos últimas, ha llevado a cabo una tarea silenciosa y eficaz, semanalmente expresada en las sesiones de los jueves y de los viernes, días que, respectivamente, dedican a sus actividades corporativas: papeletas, fichas, dictámenes, discursos de recepción, actos conmemorativos, etc. Censor de la Academia de la Lengua desde 1978, en el mes de diciembre de 1982 fue elegido Director de la docta Casa, sucediendo así al gran maestro y fraternal amigo suyo, Dámaso Alonso. Cuatro años después, fue nuevamente reelegido para el cargo.

Fundó en 1960 la Sociedad Española de Historia de la Medicina, acontecimiento que por vez primera permitía a los médicos españoles aficionados al pasado de su propia disciplina reunirse corporativamente para intercambiar su amistad y su saber. En su etapa fundacional, y luego de nuevo, ha presidido esta Sociedad, a cuya sombra se han celebrado hasta ahora seis Congresos, de los que los dos convocados en Madrid (1963 y 1977) lo fueron bajo su dirección. También ostentó la presidencia del inolvidable XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en 1956 en las ciudades de Madrid y Alcalá de Henares.

Su magisterio se ha desplegado en múltiples centros e instituciones: Colegios Mayores, Instituto de Estudios Políticos, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Fundaciones Pastor y Eugenio Rodríguez Pascual, Politeia, Arte y Cultura, Instituto de Ciencias del Hombre, Tiempo Nuevo, tantos más. Y no sólo en España entera —bien conoce Barcelona su amor a Cataluña y sus continuos intentos de aproximación intelectual—; también fuera de ella, en Universidades e Institutos de Europa y las dos Américas. Así es profesor honorario de la Universidad Nacional de Santiago de Chile, doctor *honoris causa* por las Universidades de San Marcos de Lima y Toulouse, Miembro correspondiente de la *Akademie der Wissenschaften* de Heidelberg, de la *Academia Leopoldina* de Halle, de la *Academie Internationale d'Histoire des Sciences,* de la *International Academy of Medicin,* de la *Hispanic Society of America,* de la *Royal Society* de Londres.

Dentro de este capítulo *suntuario,* por el que tan olímpico desdén muestra Laín, sin duda le enorgullecen —junto a la gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad o la de Alfonso X el Sabio— el premio Montaigne en 1976, ser miembro de la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura desde los tiempos difíciles, o pertenecer, más recientemente, a la *Académie Européenne des Sciences, des Arts et des Lettres.* Recibió el Premio Nacional de Teatro correspondiente a la temporada 1970-1971 y es Premio Aznar de Periodismo 1980, por un artículo publicado en *La Vanguardia Española.*

Algo más cabe decir de este *zoon politikon* —utilizaré de nuevo la definición aristotélica—: su culto permanente y casi obsesivo a la amistad. Suele repetir Laín el texto de la *Etica a Nicómaco* en el que el Estagirita afirma que «la amistad es lo más necesario para vivir». En tanto que realidad coexistencial, el hombre tiene necesariamente que realizarse primariamente en amistad. Tal es la clave de su cultivo de ese grupo de amigos verdaderos —discípulos, «los de siempre»—, entre los que siente que su vida ha encontrado un camino hacia lo que para sí mismo quería. Su afán teorizante le ha llevado a expresar su pensamiento en un libro, *Sobre la amistad.* Cientos de artículos la expresan específica e individualmente. «¿Sobre cuántas personas escribí?... No lo sé. Sólo sé que, con acierto o sin él, nunca he escrito sin una razón de amor, y que en todo momento he querido que esa permanente voluntad de entender tuviese expresión clara y comunicable», confesaba en 1965. Otro libro, *Más de cien españoles,* es testimonio explícito de su cultivo de la amistad.

4. **Laín Entralgo, español.** En tanto que animal social y político, el hombre no puede vivir al margen de la realidad de su país. Muy hondamente la vivió Laín en los años trágicos de Pamplona y Burgos. Así la siguió «llorando» desde la postguerra. Así prosigue sintiéndola desde el mes de noviembre de 1975. Tres temas fundamentales expresan en su obra su consideración problemática de España: la posibilidad de apertura a la ciencia, la convivencia plural y pacífica y la eficacia. También Hispanoamérica constituye una parcela preciosa de su visión de la patria.

Mucho ha escrito Pedro Laín Entralgo sobre la ciencia española y la incapacidad de apertura del español a esa ciencia. Junto a los libros ya citados, consúltense *A qué llamamos España, Una y diversa España,* «Más sobre la ciencia en España» en *Once ensayos sobre la ciencia, Cajal por sus cuatro costados* —estudio previo al volumen que al sabio español dedicó el Ministerio de Educación y Ciencia en su serie «Expedientes administrativos de grandes españoles»— o su Introducción «Cajal en la historia de España» a mi libro *Santiago Ramón y Cajal* (1978, 1982); *Ciencia, técnica y medicina,* recientemente. Las páginas de la prensa diaria y de las revistas periódicas han recogido sus denuncias, sus propuestas, sus defensas de la actual ciencia española en lo que de salvable y decorosa tiene.

Unido al tema de la exigencia va el de la eficacia, pero no sólo ya de la eficacia del científico, sino también la del industrial, la del profesional en todos los órdenes de la vida, de tal modo que sea posible el cumplimiento de esa fórmula tan cara a Laín, que haga ser a los españoles *europensibus europensiores.*

Y por fin, el tema de la convivencia, el *leit motiv* de la vida de nuestro autor. «El español ha vivido patéticamente desde la guerra de la Independencia la incapacidad, no digo radical pero sí ocasional, de la vida en pluralidad, y por tanto en libertad con respecto a las opciones de los demás para entender y hacer su vida personal y colectiva.» He aquí la clave de *España como problema;* y desde este libro, sus intentos y sus fracasos como falangista, como Rector, como simple español, en la construcción de una España en la que «puedan y deban convivir amistosamente Cajal y Juan Belmonte, la herencia de San Ignacio y la estimación de Unamuno, el pensamiento de Santo Tomás y el de Ortega, la teología del padre Arintero y la poesía de Antonio Machado...». ¿Será ello posible? Así lo cree Laín, y con bellas palabras, conclusión del texto que antecede,

escribirá en 1955 que «... me esforzaré por demostrar con el hecho de mi vida y la letra de mi obra la indudable fecundidad de tener tan varia y egregiamente poblada el alma». Para lograr esa convivencia, piensa, se precisa la práctica del autoanálisis, del examen de la conciencia personal en relación con la propia conducta —ahí está su *Descargo de conciencia,* 1976—, y la autoeducación y educación colectiva de cuantos en la sociedad ocupan una posición rectora.

Laín Entralgo, español. Certera o equivocadamente, la vida entera de Laín ha sido un servicio a España y la manifestación permanente de su amor a la patria, a través tantas veces de la crítica, de la denuncia y, lo hemos visto, de la autodenuncia. Pienso que en su adscripción juvenil a la doctrina de José Antonio nunca dejó de estar presente ese «dolor de España» que el fundador de Falange tan agudamente pregonaba. Reléanse las páginas de *España como problema,* de *Una y diversa España,* de *A qué llamamos España,* de *En este país,* por no citar los centenares de artículos que de modo diverso, pero siempre centrados en la presencia de España, se han ocupado de la convivencia, de la cultura, de la ciencia, de la eficacia como modos posibles de mejorar y moralizar esta vieja tierra que nos tocó por patria.

Dentro de su españolismo, no podía faltar en Laín el tema de Hispanoamérica. «Sin haber visitado Hispanoamérica, ningún español puede saber plenamente en qué consiste el hecho histórico de serlo.» Muchos años después, cuando personalmente he tenido yo la fortuna de conocer aquellas tierras hermanas tan doloridas, he repetido que si la plenitud del hombre se cifra, como nos dice el tópico, en tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro, para el español la consigna posee una cuarta condición: visitar la América española. La visitó Laín en 1948 —de inmediato su libro *Viaje a Suramérica*—. Volvió a visitarla varias veces después, ampliando su presencia a México, e incluso los Estados Unidos de Norteamérica. Las relaciones personales con los hombres de nuestro habla, han mantenido desde entonces un hondo puente espiritual a través del Atlántico. También aquí la necesidad de la convivencia. «¿Será posible —se preguntaba Laín en 1955, recién regresado de un largo periplo por las tierras de América— una tercera salida de don Quijote, un don Quijote eficaz, que sea a la vez de la Mancha y del Panadés, de las Tierras Calientes y de los Llanos, de la Pampa y de la inmensa sierra andina?»

5. Por último, **Laín Entralgo hombre de fe.** Desde su crisis religiosa de los años del Colegio del Beato Juan de Ribera en Burjasot —dos nombres en su recuerdo: los de don Antonio Rodilla y de fray Antonio Torró— ha profesado Laín un cristianismo sincero, no exento de problemas, como su ya citada condición intelectual teorética hacía inevitable. Como antropólogo, ahí está su librito *Mysterium doloris. Hacia una teología cristiana de la enfermedad.* Y trabajos y ensayos múltiples —«Hacia una teoría del intelectual católico», «El cristiano en el mundo», «*Consecratio mundi*», tantos más—. Pero no sólo como intelectual. En tanto que persona creyente, su asidua asistencia a las famosas «Conversaciones de Gredos» organizadas por don Alfonso Querejazu y que la propia realidad de España malogró en torno a los últimos años de la década de los 50; y su disponibilidad permanente de colaboración en otras empresas promovidas por Miguel Benzo o por el propio Cardenal Enrique y Tarancón. Un cristianismo problemático y responsable que ante las postrimerías, y muy especialmente la de la muerte,

considera a ésta un acto personal, ocasión para preguntarse por el sentido de la propia vida. No hace muchos meses, con ocasión de una entrevista, ante el tema de la muerte se planteaba Laín la pregunta fundamental: ¿para qué he vivido yo? Y el hombre vocado al sentido convivencial de la vida, se respondía a sí mismo: «El cristiano como cristiano, el musulmán como musulmán, el marxista como marxista, el agnóstico planteándose el sentido de su agnosticismo, todos debemos preguntarnos: ¿qué he hecho yo?, ¿qué sentido tiene lo que he hecho?, ¿para qué he hecho yo lo que he hecho? Y en último término, en este momento de mi vida, recogida por mí en acto personal, ¿para qué, a quién la ofrezco? ¿O acaso me quedo con la angustia de pensar que no tengo a quién ni a qué ofrecerla? Yo creo que vivir la muerte así, en una u otra forma, es el gran deber y lo que cuantos nos preocupamos seriamente por la vida debemos predicar, encarados ya al siglo XXI».

Conocí a Pedro Laín Entralgo en el otoño del año 1948. Concluyo estas páginas en el otoño de 1986. Entre una y otra fecha, 38 años. Al ver por vez primera a Laín, sabía de él en tanto que personaje. Desde entonces, día a día, le he ido sabiendo y conociendo como persona, como amigo. Quizá esta última circunstancia empañe un tanto la objetividad de esta breve biografía, aunque, con el poeta, he intentado que no sea «mi canto un recatado / murmullo de amistad, un inventario / de ciudades y horas, de alegrías / y pesares de adentro...». Ha sido mi intención mantenerme fiel al lema que el propio Laín modificó un día para sentirse enteramente él: *Amica veritas, sed etiam amicus Plato.* Y por encima de todo, otra vez con los versos del inolvidable Dionisio Ridruejo,

> Escribo para un hombre en mis entrañas
> desde cariño y deuda, pero escribo
> llevando multitud, tierra y aurora
> a la altura del cedro de más sombra,
> de más alto verdor y de más fuente.

Cuadro cronológico

1908. Nace Laín Entralgo en Urrea de Gaén (Teruel), el 15 de febrero.

1917-1923. Bachillerato en Soria, Teruel, Zaragoza y Pamplona.

1923. Inicia los estudios de Ciencias Químicas en la Universidad de Zaragoza.

1924-1930. Traslado a Valencia. Reside en el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, en Burjasot.

1927. Licenciado en Ciencias Químicas en la Universidad de Valencia. Inicia los estudios de Medicina.

1930. Licenciado en Medicina y Cirugía en la Universidad de Valencia.

1930-1931. Se traslada a Madrid. Cursos de Doctorado en Ciencias Químicas y en Medicina.

1932. Pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios en Viena. Especialización en Psiquiatría (Clínica del profesor Pötzl).

1933. Médico de la Mancomunidad Hidrográfica del Guadalquivir, en la provincia de Sevilla. Asistente al Manicomio de Miraflores en la capital.

1934-1936. Médico de guardia, por oposición, en el Instituto Psiquiátrico Provincial Valenciano.

1934. Contrae matrimonio con Milagro Martínez.

1935. Nace su hija Milagro. Funda, con F. Marco Merenciano, *Norma, Revista de exaltación universitaria,* en Valencia.

1936. Proyecto de participación en los Cursos de Verano de Santander. Comienzo de la Guerra Civil española. Paso de Santander a Pamplona.
Ingreso en F.E. de las JONS.
Asesinato, en Sevilla, del padre de su mujer.
Paso de Valencia a Pamplona de su mujer y su hija.
Colaboraciones en *Arriba España* de Pamplona.

1938. Encuentro con Dionisio Ridruejo. Traslado a Burgos.
Jefe de la Sección de Ediciones del Servicio Nacional de Propaganda.
Miembro del Consejo Nacional del Movimiento.
Viaje a Alemania.
Nace su hijo Pedro.

1939. Concluye la Guerra Civil.
Definitivo asentamiento en Madrid. Encuentro con Xabier Zubiri. Encargado de Psicología Experimental en la Universidad de Madrid.

1940. Fundación de *Escorial,* con Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y Antonio Marichalar.
Director de la Residencia de Estudiantes.
Auxiliar Interino en la Cátedra de Historia de la Medicina.

1941. Doctor en Medicina con la Tesis «El problema de las relaciones entre la medicina y la historia».
Los valores morales del Nacionalsindicalismo, Ed. Nacional, Madrid.
Medicina e Historia, Ed. Nacional, Madrid.

1942. Gana por oposición la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Madrid.

1943. Creación del Departamento de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales en el CSIC.
Estudios de Historia de la Medicina y Antropología Médica, Ed. Nacional, Madrid.
Sobre la cultura española, Ed. Nacional, Madrid.

1944. *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales,* Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

1945. *Las generaciones en la historia,* Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
La generación del Noventa y ocho, Ed. Nacional, Madrid.

1946. Ingresa en la Real Academia Nacional de Medicina (Discurso: «La antropología en la obra de fray Luis de Granada»).
Clásicos de la Medicina: Bichat, Ed. El Centauro, Madrid.
La antropología en la obra de fray Luis de Granada, CSIC, Madrid.

1947. *Clásicos de la Medicina: Claudio Bernard,* Ed. El Centauro, Madrid.

1948. Viaje a Hispanoamérica.
Clásicos de la Medicina: Harvey (dos volúmenes), Ed. El Centauro, Madrid.
Vestigios. Ensayos de crítica y amistad, EPESA, Madrid.
Vida y obra de Guillermo Harvey, Espasa Calpe, Buenos Aires.

1949. Fundación de *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina* con Aníbal Ruiz Moreno. (Desde 1954 la revista se denomina *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica;* a partir de 1964 *Asclepio.)*
Viaje a Suramérica, Ed. Cultura Hispánica, Madrid.
España como problema, Ed. Cultura Hispánica, Madrid.
Dos biólogos: Claudio Bernard y Ramón y Cajal, Ed. Espasa Calpe, Buenos Aires.

1950. *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática,* Ed. Paz Montalvo, Madrid.
La Historia Clínica. Historia y teoría del relato patográfico, CSIC, Madrid.
La Universidad, el intelectual, Europa. Meditaciones sobre la marcha, Ed. Cultura Hispánica, Madrid.

1951. Creación del Instituto «Arnaldo de Vilanova» de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, CSIC.

1951-1956. Rector de la Universidad de Madrid.

1952. *Un año de gestión rectoral,* Separata de *Alcalá,* Madrid.
Palabras menores, Ed. Barna, Barcelona.
La Universidad en la vida española, Pub. Universidad de Madrid.

1953. *Reflexiones sobre la vida espiritual de España,* Madrid.
Sobre la Universidad hispánica, Ed. Cultura Hispánica, Madrid.
Menéndez Pelayo, Ed. Espasa Calpe, Buenos Aires.

1954. Ingresa en la Real Academia Española de la Lengua (Discurso: «Memoria y esperanza: San Agustín, San Juan de la Cruz, Miguel de Unamuno y Antonio Machado».)
Nuevo viaje a Hispanoamérica.
Historia de la Medicina moderna y contemporánea, Ed. Científico Médica, Barcelona.
Clásicos de la medicina: Laennec, CSIC, Madrid.

1955. *Ejercicios de comprensión,* Ed. Taurus, Madrid.
Reflexiones sobre la situación espiritual de la juventud universitaria, Madrid.
Las cuerdas de la lira, Reflexiones sobre la diversidad de España, Cuadernos de Tiempo Nuevo, Madrid.
Mysterium doloris. Hacia una teología cristiana de la enfermedad, Publ. Univ. Internacional Menéndez Pelayo, Madrid.
Faith, reason and modern Psychiatry (colaboración), Nueva York.
El comentario de un texto científico, Gráf. Orbe, Madrid.
España como problema, Ed. Aguilar (2 vols.), Madrid.

1956. Sucesos políticos que determinan su dimisión como Rector de la Universidad de Madrid y su abandono definitivo y formal de FET y de las JONS.
La espera y la esperanza, Historia y teoría del esperar humano, Ed. Revista de Occidente, Madrid.

La aventura de leer, Ed. Espasa Calpe, Madrid.
Heilkunde in geschichtlicher Entscheidung, Einführung in die psycosomatische Pathologie, Salzburg.
Mind and Body, P. J. Kennedy and Sons, Nueva York-Londres.

1958. *Mis páginas preferidas,* Ed. Gredos, Madrid.
La empresa de ser hombre, Ed. Taurus, Madrid.
La curación por la palabra en la Antigüedad clásica, Ed. Revista de Occidente, Madrid.

1959. *Gaspar Casal y la medicina de su tiempo,* Diput. Prov. de Oviedo.
Ejercicios de comprensión, Ed. Taurus, Madrid.

1960. *Ocio y trabajo,* Ed. Revista de Occidente, Madrid.
El médico en la historia, Ed. Taurus, Madrid.

1961. *Enfermedad y pecado,* Ed. Toray, Barcelona.
La Historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico (2.ª ed.), Ed. Salvat, Barcelona.
Clásicos de la Medicina: Sydenham (en colaboración con A. Albarracín), CSIC, Madrid.
Teoría y realidad del otro (2 vols.), Ed. Revista de Occidente, Madrid.
Grandes Médicos, Ed. Salvat, Madrid.
El cristianismo en el mundo, Ed. Propaganda Popular Católica, Madrid.

1962. *Marañón y el enfermo,* Ed. Rev. de Occidente, Madrid.

1963. *Panorama histórico de la ciencia moderna* (en colaboración con J. M.ª López Piñero), Ed. Guadarrama, Madrid.
La empresa de ser hombre (2.ª ed.), Ed. Taurus, Madrid.
Historia de la Medicina moderna y contemporánea (2.ª ed.), Ed. Científico Médica, Barcelona.

1964. Ingresa en la Real Academia de la Historia (Discurso: «La amistad entre el médico y el enfermo en la Edad Media».)
Fundación de la Sociedad Española de Historia de la Medicina.
La relación médico-enfermo, Ed. Revista de Occidente, Madrid.
Introducción a la cultura española, Ed. Rev. Atenea, Santiago de Chile.
Miguel Angel y el cuerpo humano, Ed. Magisterio Español, Madrid.
Historia de la Medicina moderna y contemporánea (2.ª ed.), Ed. Científico Médica, Barcelona.

1965. *Obras,* Ed. Plenitud, Madrid.

1966. *Introduzione alla cultura spagnola,* Inst. Ed. del Mediterráneo, Roma.

1967. *Nuestro Cajal* (en colaboración con A. Albarracín), Ed. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.
Entre nosotros, Ed. Alianza Editorial, Madrid.
Cuando se espera, Ed. Escelicer, Madrid.
Tras el amor y la risa, Ed. Delos-Aymá, Barcelona.

1968. *Una y diversa España,* EDHASA, Barcelona-Buenos Aires.
El problema de la Universidad, Edicusa, Madrid.
El estado de la enfermedad, Ed. Moneda y Crédito, Madrid.

1969. *El médico y el enfermo,* Ed. Guadarrama, Madrid (también ediciones inglesa, francesa, alemana, holandesa, italiana y sueca).
Gregorio Marañón. Vida, obra y persona, Ed. Espasa Calpe, Madrid.

1970. *La medicina hipocrática,* Ed. Rev. de Occidente, Madrid.
The Therapy of the world in classical Antiquity, New Haven, Yale University.
Ciencia y vida, Seminarios y Ediciones, Madrid.

1971. Premio Nacional de Teatro.
El Instituto que dirige en el CSIC pasa a denominarse «Arnau de Vilanova» de Historia de la Medicina y Antropología Médica.
A qué llamamos España, Ed. Espasa Calpe, Madrid.

1972. *Sobre la amistad,* Ed. Rev. de Occidente, Madrid.
Historia Universal de la Medicina (7 vols.), Editada por Salvat, Barcelona, bajo su dirección entre 1972 y 1975.

1973. *La medicina actual,* Ed. Seminarios y Ediciones, S. A., Madrid.

1975. *Descargo de conciencia (1930-1960),* Ed. Barral Ed., Barcelona.

1976. Premio Montaigne de la Fundación F.V.S. de Hamburgo.
Tríptico sobre el ser de Europa, Fund, F.V.S. de Hamburgo.
Clásicos de la Medicina: La medicina hipocrática, CSIC, Madrid.

1978. Jubilación académica como Catedrático de Historia de la Medicina y Director del Instituto «Arnau de Vilanova» del CSIC.
Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.
Antropología de la esperanza, Ed. Guadarrama, Ed. Labor, Barcelona.
Historia de la Medicina, Ed. Salvat, Barcelona.
Vida, muerte y resurrección de la Historia de la Medicina (última lección académica), en *Medicina e Historia* (eds. A. Albarracín, J. M.ª López Piñero y Luis S. Granjel), Pub. de la Universidad de Madrid.

1980. Gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad.
Premio Aznar de Periodismo de la Agencia Efe.

1981. Miembro de la Académie Européenne des Sciences, des Arts et des Lettres.
Más de cien españoles, Ed. Planeta, Barcelona.

1982. Director de la Real Academia Española de la Lengua.
El diagnóstico médico. Historia y teoría, Ed. Salvat, Barcelona.
Historia de la medicina (2.ª ed.), Ed. Salvat, Barcelona.

1984. *Antropología médica para clínicos,* Salvat Ed., Barcelona.

1986. *En este país,* Ed. Tecnos, Madrid.
Ciencia, técnica y medicina, Alianza Editorial, Madrid.
Teatro del mundo, Espasa Calpe, S. A., Col. Austral, Madrid.

Agustín Albarracín Teulón